



Prohistoria

E-ISSN: 1851-9504

revistaprohistoria@yahoo.com.ar

Prohistoria Ediciones

Argentina

DI MEGLIO, GABRIEL

La Mazorca y el orden rosista

Prohistoria, núm. 12, 2008, pp. 69-90

Prohistoria Ediciones

Rosario, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=380135840004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

---

# La Mazorca y el orden rosista

GABRIEL DI MEGLIO

## Resumen

En diversas ocasiones se ha afirmado que Rosas, en la búsqueda del orden que persiguió tenazmente en Buenos Aires durante toda su carrera política, trasladó a la ciudad e impuso allí prácticas y métodos que ya funcionaban en la campaña. Sin embargo, el orden que instaló en el ámbito urbano tuvo ciertos elementos diferentes al del espacio rural, fundamentalmente la existencia del “terror”, crímenes políticos no cometidos por agentes del Estado si no por una suerte de órgano parapolicial, la Mazorca. ¿Por qué el grueso de la acción de este famoso grupo se centró en la ciudad y no en la campaña? A diferencia de las clases populares, la elite porteña –que residía principalmente en el espacio urbano– era un grupo de difícil disciplinamiento a través de los dependientes del gobierno, como la policía. En cambio, la Mazorca no tenía límites; nadie podía ponérselos a un cuerpo que actuaba fuera de todo ordenamiento, vinculándose sólo a la persona de Rosas y al club de adherentes rosistas llamado Sociedad Popular Restauradora, a la que pertenecía. El artículo analiza las características de la Mazorca, periodiza su actuación y rastrea algunos de los elementos que usó el régimen para intentar legitimar su accionar, como la sacralización de la causa de la federación, el republicanismo y el componente clasista, que cumplió un papel crucial en el federalismo.

## Palabras clave

Mazorca – federalismo – Rosas – terror – policía – Sociedad Popular Restauradora

## Abstract

It has often been said that Rosas, in his constant pursuit of order in Buenos Aires during his entire political career, transferred to and imposed on the city methods and practices already at work in the countryside. Nevertheless, the order established on the city had certain elements that were different from those of the rural space, namely the use of “terror”, political crimes not committed by State agents but by a sort of para-police organ, the Mazorca. Why was the main action of this well known group centred on the city and not on the countryside? Unlike popular classes, the porteña elite –who mostly lived in the city– was difficult to be disciplined by governmental institutions, like the police force. The Mazorca, on the other hand, had no limits; nobody could control a corp acting illegally and directly linked to Rosas and the club of Rosist followers called Sociedad Popular Restauradora, to which the Mazorca members belonged. This article analyses the characteristics of the Mazorca; it periodizes its action and traces some of the elements the Regime used to legitimate its presence, such as to make the Federal cause sacred, its republicanism and its classist component, which had a crucial role within Federalism.

## Key Words

Mazorca – Federalism – Rosas – Terror – Police – Sociedad Popular Restauradora



Recibido con pedido de publicación el 26/05/2008

Aceptado para su publicación el 23/08/2008

Gabriel Di Meglio se desempeña como docente

e investigador de la UBA y del CONICET

gabriel dimeglia@fibertel.com.ar

Los estudios que han indagado la formación del orden rosista en la provincia de Buenos Aires suelen sostener que una de sus claves fue el traslado a la ciudad de un sistema surgido y moldeado en la campaña. El argumento se ha repetido desde distintas ópticas a partir de la barbarie sarmientina ingresando en el ámbito urbano como eje del drama rioplatense, pasando por la denostada tesis que propone el advenimiento de un super estanciero a reproducir su hábitat rural en el Estado, hasta llegar a la más actual idea de una unanimidad política en la campaña que Rosas introdujo en la ciudad.<sup>1</sup> Ahora bien, si la impronta rural en la construcción rosista es indudable, es también claro que en su versión urbana hubo un elemento que no estuvo presente en la campaña: la existencia del llamado *terror*, una serie de crímenes políticos que no fueron cometidos por agentes del Estado o por personas que ejercieran algún tipo de actividad pública legal, sino por una suerte de cuerpo *parapolicial* que se hizo famoso con el nombre de Mazorca. Este artículo examina las razones de la presencia de esa organización casi exclusivamente en la ciudad y analiza su importancia dentro del orden rosista. Para ello se centra en el período de crisis iniciado en abril de 1838 cuando Francia, que buscaba volver a los primeros planos de la política internacional a través de empresas en lugares alejados del centro de poder europeo, decidió bloquear el puerto de Buenos Aires tras un incidente diplomático.<sup>2</sup>

### Rosas y la ciudad

Cuando en 1838 se estableció el bloqueo francés, ya hacía tres años que Rosas gobernaba Buenos Aires. El régimen que encabezaba parecía sólido en la campaña –poco más tarde se demostraría que no era así– pero estaba evidentemente menos consolidado en el ámbito urbano. Era allí donde el Gobernador había encontrado los mayores obstáculos a su proyecto hasta 1835. Por eso, apenas regresó al poder, buscó afianzar el régimen en la ciudad y comenzó a hacerlo a través de la eliminación del disenso y de la competencia política. Una serie de medidas marcó el rumbo de sus intenciones: quitó todo peso a la hasta entonces importante Legislatura provincial, arrestó a sus enemigos del anterior núcleo federal *cismático* que no habían abandonado la ciudad, despidió a sujetos para él poco confiables

---

<sup>1</sup> Véanse entre otros SARMIENTO, Domingo *Facundo*, CEAL, Buenos Aires, 1967; LYNCH, John *Juan Manuel de Rosas. 1829-1852*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1984; HALPERIN DONGHI, Tulio *De la Revolución de Independencia a la Confederación rosista*, Paidós, Buenos Aires, 1985; TERNAVASIO, Marcela *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.

<sup>2</sup> Las notas a pie en el artículo consignan solamente la procedencia de las citas textuales. La información sobre la historia política del período proviene principalmente de HALPERIN DONGHI, Tulio *De la Revolución...*, cit.; LYNCH, John *Juan Manuel...*, cit.; BUSANICHE, José Luis *Rosas visto por sus contemporáneos*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986; BARBA, Enrique “Formación de la Tiranía” y “Las reacciones contra Rosas”, en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA *Historia de la Nación Argentina desde sus orígenes hasta la organización definitiva en 1862*, Buenos Aires, 1950, Vol. VII; CELESIA, Ernesto *Rosas: aportes a su historia*, Peuser, Buenos Aires, 1951; MYERS, Jorge *Orden y Virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1995; SIERRA, Vicente *Historia de la Argentina*, Editorial Científica Argentina, Buenos Aires, 1969, Tomo VIII y 1972, Tomo IX.

en la oficialidad del ejército regular y la administración pública, mandó ejecutar a unos pocos supuestos conspiradores y también fusiló a ochenta indígenas cautivos en un solo día. Un hecho de ese tenor no era común en la ciudad y marcaba que había una nueva dureza gubernamental. Las víctimas que más tarde se cobraría el terror no serían más que las de esa terrible jornada, pero tendrían un impacto social infinitamente mayor.

Unanimitad total. Ese era el objetivo del gobierno, que encargó a la Policía, a los jueces de paz y a los alcaldes de barrio que aseguraran que ella se cumpliera. Por primera vez se empezó a controlar con rigor el uso de la divisa punzó y se elaboraron clasificaciones que describían el perfil político de los vecinos. Aquellos catalogados de unitarios eran vigilados en sus actividades y perdían cualquier posibilidad de ejercer un cargo público o militar. El control no era pura rutina: el Gobernador sabía que pese a que contaba con muchos partidarios fervorosos tenía también opositores que se manifestaban públicamente como tales. Un episodio de 1836 lo ilustra claramente. Un hombre llamado Eulogio Blanco estaba en la puerta de su casa celebrando el aniversario de la llegada de Rosas al poder junto a un grupo de músicos y lanzó algunos vivas al Restaurador de las Leyes. En ese momento apareció un grupo de diez vecinos que empezó a gritar, de acuerdo a varios testigos, "...mueran los vivas de Blanco, muera Blanco y viva Lavalle y su espada".<sup>3</sup> Lavalle estaba en ese momento exiliado en la República Oriental y no tenía ningún medio de influir en la situación porteña, pero era quien había quedado como el principal referente unitario. Había, asimismo, gente que buscaba quedar afuera de la política: una noche de 1837, un ex vigilante entró ebrio a una pulpería insultando a los gritos a los unitarios; al rato, uno de los presentes, el pardo Máximo Salguero, se disponía a irse cuando fue increpado por el borracho, quien le preguntó "...amigo usted es unitario o federal", a lo cual Salguero "...contestó que él no era nada". Respuestas de ese tipo iban a volverse cada vez menos sensatas a medida que la crisis empezara a mostrarse.<sup>4</sup>

Las presunciones de antipatía hacia el sistema federal empezaron a ser determinantes en decisiones de la Policía sobre cuestiones que no tenían que ver con la política. Si una persona era acusada de un delito y se agregaba que era sospechoso de unitario o de haber sido federal cismático, ese último aspecto era un poderoso agravante. Eso posibilitó que varios asuntos privados pasaran a zanjarse por la filiación política de los implicados. Por ejemplo, el abastecedor Marcos González acusó al paisano Juan José Martínez de hablar mal del gobierno. No había testigos del hecho, "...por haber sido conversaciones privadas", pero el comisario Ciriaco Cuitiño sostuvo que él no dudaba de que fuera cierto, porque Martínez "...es hombre muy díscolo, mal intencionado y uno de los Unitarios mas empecinados".<sup>5</sup>

Otro modo que eligió Rosas para consolidarse en la ciudad fue afianzar su relación con la población negra de la ciudad, iniciada en su primer gobierno, atendiendo a sus

<sup>3</sup> Archivo General de la Nación (en adelante, AGN), X-33-2-8, Partes de Policía, libro 91, 87.

<sup>4</sup> AGN, X-33-3-4, Partes de Policía, libro 101, 116.

<sup>5</sup> AGN, X-33-3-3, Policía-Órdenes Superiores, nota del 21 de julio de 1837.

demandas y proveyendo asistencia a las Sociedades Africanas. En 1836 derogó una ley que establecía que todo liberto tenía obligatoriamente que ingresar al servicio de las armas al cumplir quince años, lo cual fue festejado en las calles por la comunidad. Tanto él como su esposa, su hija y su cuñada concurrieron a menudo a bailes organizados por las Sociedades, gesto que les valió una gran influencia, puesto que no era nada común que los miembros de la elite hicieran eso. Los negros porteños lo llamaban “Nuestro padre Rosas”. Varios de ellos estaban insertos en una red de contactos plebeyos que manejaba la mujer del Restaurador, Encarnación Ezcurra y cuando ésta murió, en 1838, su hermana María Josefa mantuvo esas relaciones. La red funcionaba como una especie de asistencia social privada: los que llevaban noticias útiles a las señoras Ezcurra obtenían algunos beneficios, no necesariamente como un pago directo sino que en otro momento podían conseguir ayuda de ellas para conseguir bienes, perdones, favorecer a algún familiar, etc. La mujer y la cuñada de Rosas se convirtieron por este medio en figuras muy populares. Una tarde de 1836, un tal Manuel Zaragoza llegó “...de su trabajo a tomar mate en la cocina en donde estaban unas jóvenes de menor edad jugando con unas muñecas de trapo; y preguntó Zaragoza con ironía por el nombre que tenían cada una de dichas muñecas; y respondieron las jóvenes: que una se llamaba Doña Encarnación: otra Doña Maria Josefa”; Zaragoza se rió y dijo “...unas Señoras con tanta Grandeza andar por las cocinas, vaya, vaya...”.<sup>6</sup> El episodio llevó a que lo tildaran de unitario ante la policía, lo cual muestra que la denuncia de los emigrados antirrosistas de que había domésticos, como en este caso los que trabajaban en las cocinas, que hacían denuncias políticas tenía asidero.

En el proceso de consolidación de un orden en la ciudad, fue importante para Rosas obtener el apoyo de los artesanos, categoría en la que entraba una buena parte de la población masculina (incluyendo a muchos negros). Los artesanos habían estado entre los grupos menos favorecidos por el librecambio de la década de 1810. Varios artesanos, especialmente los sastres y los carpinteros, presentaron quejas a los sucesivos gobiernos contra las importaciones. Pero ese descontento no dio lugar a acciones importantes a favor de medidas proteccionistas, fundamentalmente porque los artesanos porteños no consiguieron crear gremios que tuvieran un peso destacado en la escena política, aunque sí generaron una corriente de opinión favorable al proteccionismo y fuertemente contraria a los extranjeros.

Rosas tomó en cuenta esas posiciones cuando sancionó una Ley de Aduana en diciembre de 1835. En general, cuando se habla de la ley se pone el foco en la intención del Restaurador de mantener una buena relación con las provincias del Litoral y el interior, donde había sectores perjudicados por el librecambio, y en su deseo de impulsar la agricul-

---

<sup>6</sup> Nota del 3 de diciembre de 1836, AGN, X-33-2-7, Policía-Órdenes Superiores. Para las redes de Encarnación Ezcurra y su hermana véase la serie folletinesca *Los dramas de la Tiranía* de Eduardo Gutiérrez (*La Mazorca, Viva la Santa Federación y El puñal del tirano*, J. C. Rovira, Buenos Aires, 1932); también CELESIA, Ernesto Rosas..., cit.; RAMOS MEJÍA, José María *Rosas y su tiempo*, Emecé, Buenos Aires, 2001; LOBATO, Mirta *La revolución de los Restauradores*, CEAL, Buenos Aires, 1983.

tura. Pero también fue importante la protección que se hizo a las tareas artesanales, que en ningún lugar eran tan fuertes como en la ciudad de Buenos Aires. Así, las importaciones de ropa, calzado, muebles, guitarras y espejos, entre otros productos, recibieron un recargo del 35% sobre su valor; las monturas uno de 50%. Los sombreros contaron con la protección de un impuesto fijo, mientras que se prohibió total o parcialmente importar hierro decorativo, objetos de bronce y hojalata, utensilios de cocina, algunos tejidos y objetos de madera.<sup>7</sup>

De todos modos, el mayor problema del régimen en la ciudad era la elite. Estaba marcadamente politizada desde hacía años y en 1838 Rosas no había logrado disciplinarla. Él mismo pertenecía a esa elite y sabía que contaba con una fuerte base en los estancieros, una buena parte de los cuales apoyaban su proyecto. Para las funciones de gobierno tuvo el respaldo del políticamente experimentado círculo federal *apostólico* que formaban Tomás de Anchorena, Felipe Arana, Manuel Maza, Lucio Mansilla y unos pocos más. Rosas confiaba en la fidelidad de este puñado de dirigentes, pero el resto de la elite era en buena medida un enigma. Sin duda, en 1835 la mayoría de sus miembros había aplaudido el regreso de Rosas al poder como garantía de orden ante la posibilidad de una nueva guerra civil. Sin embargo, esa adhesión no estaba exenta de fisuras y Rosas sabía que el favor de los porteños encumbrados podía ser volátil. Muchos de ellos eran genuinamente federales, pero quienes se habían identificado en el pasado con los unitarios o con los *cismáticos* no eran tan fáciles de conquistar y varios mantenían estrechos vínculos con los emigrados al otro lado del Río de la Plata (quienes a su vez pertenecían a la elite porteña); otros no veían con buenos ojos la prolongación indefinida de un sistema de excepción que dejaba en suspenso el sistema republicano para concentrar todo en manos de un solo hombre. El principal recurso del Gobernador para conseguir la aprobación de la elite era el mantenimiento de un orden, el preciado orden que la sociedad venía buscando desde que terminó la Revolución y que le había costado mucho construir. Pero cuando el bloqueo francés vino a poner en duda si la política rosista verdaderamente garantizaba ese orden, la aparente unanimidad empezó a resquebrajarse: por más que no fuera la diplomacia porteña la principal culpable de la intervención francesa, muchos de los contemporáneos lo consideraron de esa manera.

El Gobierno podía usar su poder coercitivo ante esos descontentos, apelando a la Policía. Rosas estaba habilitado para hacerlo debido a que contaba con facultades extraordinarias, lo cual le permitía incluso fusilar a alguno que otro sin un proceso judicial, acción que justificaba por la situación de crisis. Ahora bien, la Policía tenía un gran peso frente a los pobres que podían ser considerados vagos –aquellos que no contaban con relaciones locales, generalmente lo que no vivían permanentemente en la ciudad y los migrantes recién arribados– a los que capturaba y alistaba en el ejército o en la marina. Pero no tenía

---

<sup>7</sup> BURGÍN, Miron *Aspectos económicos del Federalismo Argentino*, Hachette, Buenos Aires, 1960. Para los reclamos de los artesanos en décadas previas véase mi libro *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*, Prometeo, Buenos Aires, 2007.

la misma autoridad ante el resto de la población. Los vínculos barriales eran fundamentales y quienes tenían años de residencia en una zona podían conseguir defensores en unos personajes fundamentales de la ciudad: los alcaldes de barrio, los tenientes alcaldes, los oficiales milicianos, los curas y los jueces de paz. Aún en un período en el cual el Gobierno contaba con más poder que el que nunca había tenido, la existencia de tales figuras entrecruzadas ponía cierto freno a sus maniobras legales. Además, Rosas no podía simplemente matar a mansalva a sus opositores usando sus facultades extraordinarias por una cuestión de legitimidad; hubiera justificado plenamente la acusación de tiranía que los emigrados le achacaban. Es ahí donde entra en juego, decisivamente, la Mazorca. Si la ciudad tenía una trama de personajes y organizaciones que podía poner algunos límites a la acción del gobierno y a la fuerza de su principal brazo, la Policía, y si la elite estaba en particular más protegida por ellos que el resto, la Mazorca no tenía límites. Nadie podía ponérselos a un cuerpo que actuaba fuera de todo orden, vinculado sólo con la persona de Rosas y con la Sociedad Popular Restauradora, a la que pertenecía. Su acción podía ser presentada como un conjunto de excesos populares.

### La Mazorca

El origen de la Mazorca no estuvo ligado a una iniciativa gubernamental sino a una asociación política, la Sociedad Popular Restauradora, nacida a fines de 1833. Los datos de su surgimiento son oscuros. Según José Rivera Indarte —fanático rosista devenido en fanático antirrosista— uno de los miembros de la facción federal *apostólica*, es decir rosista, llamado Tiburcio Ochoteco le sugirió a Encarnación Ezcurra, quien la había dirigido exitosamente en la lucha contra la facción *cismática*, la formación de un club de adherentes de Rosas a semejanza de las sociedades patrióticas españolas que él había conocido en Cádiz durante el *trienio liberal* (1820-1823). Eran clubes que surgieron por toda España en 1820, algunos más radicales y otros más moderados, que reunían a sus adherentes en casas, tabernas o conventos desocupados; abogaban por la difusión del liberalismo y atemorizaban a sus enemigos. Estaban dirigidas generalmente por personas de buena posición social pero contaron con una importante participación popular, principalmente de artesanos. Una sociedad de ese tipo constituía una novedad en la escena política de Buenos Aires. Por un lado, porque era un club que se afiliaba abiertamente con una facción, algo que en las sociedades políticas porteñas se había intentando evitar explícitamente (dada la condena discursiva a las facciones en la prensa y en los debates parlamentarios desde 1810). A la vez, la Sociedad Popular tenía un importante elemento distintivo: la presencia entre sus integrantes de individuos que no formaban parte de la elite de Buenos Aires; “...muy pocas personas decentes se inscribieron como socios de la sociedad”.<sup>8</sup> Es decir que era la primera vez que la *gente decente* no era mayoría en una asociación política. Esto era claro

---

<sup>8</sup> RIVERA INDARTE, José *Rosas y sus opositores*, El Ateneo, Buenos Aires, 1930, p. 134. Para las sociedades españolas véase GIL NOVALES, Alberto *Las sociedades patrióticas, 1820-1823*, Tecnos, Madrid, 1975, 2 vols.

en la adopción del término *popular* en el nombre de la organización. A partir de su edición de 1803, el diccionario de la Real Academia Española definía *popular* como “el que es del pueblo o de la plebe”; desde la década de 1820, en Buenos Aires se lo usaba cada vez más claramente para referirse a los que eran ajenos a la elite. La participación de ese tipo de personas en la Sociedad la asemejaba a los ejemplos españoles de principios de la década de 1820, pero su éxito obedeció a la existencia de una tradición de participación popular en Buenos Aires. Los momentos en que la intervención de la plebe y los sectores medios de la sociedad porteña en la política tuvieron más importancia fueron siempre aquellos en los cuales la elite estuvo más dividida. Tal el caso de la disputa entre federales *cismáticos* (o *liberales*) y *apostólicos* durante 1833, y la Sociedad Popular Restauradora fue una de sus consecuencias.

La actividad política rutinaria de la Sociedad consistía en reuniones de los miembros que se llevaban a cabo en una sede, que después de un tiempo resultó ser la pulpería de su presidente, Julián González Salomón. Los otros menesteres del club eran principalmente dar muestras de apoyo a Rosas en distintos contextos: gritaban a su favor en las calles, importunaban a sus enemigos, concurrían a la Sala de Representantes a presionar a los antirrosistas.

Una vez que Rosas volvió al gobierno en 1835, la actividad de la Sociedad, importante entre su aparición y ese momento, fue menor. Cuando estalló la crisis, Rosas comenzó a darle órdenes directas a su fiel club de adictos, que se volvió cada vez menos espontáneo y por momentos se asemejó a una dependencia del gobierno. Las indicaciones eran principalmente vigilar a personas sospechadas de simpatías unitarias o de oposición al régimen. Las demostraciones de adhesión se hicieron más expresivas y la violencia llenó los discursos y de a poco fue ganando otra vez las calles. La tirante situación provocó un aumento de la membresía de la Sociedad Popular Restauradora y cambió su perfil social. Cada vez más, eran individuos de lo más granado de la elite porteña los que solicitaban ser incorporados. Algunos de los nuevos adherentes debieron acercarse por su convicción en cuanto a las virtudes del gobierno o tocados en su fibra patriótica por la agresión extranjera. Pero, en la mayoría de los casos, la principal causa estuvo ligada seguramente a que, con el auge de los conflictos y el consiguiente aumento de la violencia en la ciudad, muchos miembros de la elite de Buenos Aires temieron por sus vidas y bienes y varios de ellos consideraron que una afiliación a la Sociedad Popular Restauradora podía ser un seguro contra cualquier duda acerca de su fidelidad federal y la gran posibilidad de sufrir una agresión. A esto apunta un pasaje de *Amalia* en el que se describe una supuesta reunión de la Sociedad Popular Restauradora. El héroe del relato se encuentra en el mitin; se trata de un personaje ficticio llamado Daniel Bello, al que José Mármol presenta como un antirrosista que se hace pasar por un fanático partidario del Gobernador para contribuir desde adentro a desestabilizarlo. Cuando en la asamblea, celebrada en la pulpería del presidente Salomón, se lee el listado de unos doscientos miembros de la organización pertenecientes a “todas las jerarquías sociales”, Bello dice para sus adentros que “en esta lista hay hombres por fuerza”. Ello fue explicitado también por el propio Salomón en una carta a Rosas escrita



ese mismo año: “En las extraordinarias circunstancias que sobrevinieron, cuando el traidor asesino Lavalle pisó nuestra Provincia muchos ciudadanos se presentaron voluntariamente a inscribirse en la Sociedad”.<sup>9</sup>

Por eso, cuando en 1841 *La Gaceta Mercantil* publicó una “Lista de miembros de la Sociedad Popular Restauradora”, una buena parte de ellos pertenecía a familias del patriado porteño (como Riglos, Iraola, Pereyra, Unzué y Piñeyro, entre otros).<sup>10</sup> Algunos historiadores han tomado este listado para sostener que la Sociedad estaba compuesta tanto por integrantes de la elite como por otros que no pertenecían a ella, mientras que la Mazorca habría sido más plebeya. En cuanto a la primera afirmación, eso fue sin duda así a partir del período crítico. Pero 1840 no era 1833. En los inicios, los socios tenían un origen menos lustroso.

Los mazorqueros –si no todos, al menos sus líderes– eran originalmente miembros de la Sociedad Popular Restauradora; eran federales decididos. Lo que los convirtió en un ala ejecutora de ella, una entidad separada, fue la reaparición de la violencia política abierta. En 1833 y 1834, Encarnación Ezcurra le había encargado a la Sociedad que hiciera ataques contra las casas de algunos adversarios políticos, para intimidarlos y obligarlos a exiliarse. Ese tipo de acciones desapareció hasta el establecimiento del bloqueo francés. Ya en 1839 hubo algunos asesinatos, pero sería 1840 el año en el cual los degüellos se hicieron comunes en la ciudad, hecho que dio a sus ejecutores una macabra celebridad. He ahí lo que distinguió a los mazorqueros: ellos eran miembros de la Sociedad Popular Restauradora, pero los otros socios no mataban. Esto por momentos se hace confuso debido a que había integrantes de la Sociedad que podían realizar amenazas públicas de represalias contra los unitarios y los colaboradores de los franceses, que podían romper los vidrios de una casa o destruir algún objeto o vestuario de color celeste. Pero las muertes eran causadas por un pequeño grupo, que terminó siendo denominado la Mazorca, no sabemos si por sus mismos integrantes, por otros rosistas o por sus enemigos, aunque éstos parecen haber sido los que terminaron achacándole el nombre. ¿Cuántos eran los mazorqueros? No es posible saberlo. Seguramente no muchos más que tres decenas, aunque es altamente probable que no fueran un grupo monolítico sino que a un pequeño elenco estable se sumaran en diversas ocasiones otros individuos más periféricos e incluso ocasionales.

Lo que distinguió a los mazorqueros no fue que estuvieran dispuestos a llevar su fervor por Rosas hasta las últimas consecuencias sino que casi todos ellos eran a la vez parte de la Policía. La Mazorca fue un grupo que podemos llamar parapolicial, integrado mayormente por empleados de la Policía en actividad. Mientras el jefe de la Policía entre 1835 y 1845, Bernardo Victorica, se encargó de manejar al cuerpo en sus funciones más habituales –seguridad urbana, control, denuncia de opositores al sistema, reclutamiento de

---

<sup>9</sup> MÁRMOL, José *Amalia*, Eudeba, Buenos Aires, 1964, p. 153; carta de Julián Salomón a Rosas del 30 de septiembre de 1840, en CELESIA, Ernesto *Rosas...*, cit., p. 461.

<sup>10</sup> *La Gaceta Mercantil*, 7 de abril de 1841.

vagos para el Ejército– los comisarios Ciriaco Cuitiño y Andrés Parra cumplieron esas tareas pero sumaron un mayor énfasis que ningún otro comisario en la vigilancia política. Esa rama especial de la policía, las dos partidas volantes de Cuitiño y Parra, fueron las que devinieron en la Mazorca. Silverio Badía, Manuel Troncoso, Leandro Alén y Fermín Suárez, los mazorqueros más famosos –que serían juzgados y ejecutados por eso en 1853– eran los dos primeros vigilantes de la partida de Parra y de la de Cuitiño los otros dos.<sup>11</sup> ¿Cuándo dejaban de actuar como policías y se volvían mazorqueros? En los momentos en que procedieron por fuera de las disposiciones o la normativa del departamento de policía; sin órdenes o con indicaciones orales del Gobernador, algo que nunca llegó a dilucidarse.

### Cosecha roja

El bloqueo dio inicio a una pesadilla para el rosismo. Varias provincias se mostraron poco proclives a evaluar positivamente lo actuado por el Gobernador de Buenos Aires. Allí mismo hubo resquemores: la hasta entonces pasiva Sala de Representantes escuchó opiniones favorables a tomar el camino de la transacción, incluidas las de algunos diputados que hasta entonces habían formado en las filas fieles del rosismo. Una mañana de mayo ocurrió un hecho también impensable tan sólo un mes antes: la ciudad se pobló de pasquines contra el gobierno.

La respuesta de Rosas al desafío interno fue medida. Rápidamente apeló a un recurso clave que ya le había dado éxito en otras ocasiones: el apoyo popular. La clásica animadversión hacia los extranjeros se incrementó rápidamente, en particular hacia los franceses. Eso no lo inventó Rosas, fue un efecto inmediato del bloqueo. Para la plebe federal era claro que la antigua identificación que se había creado entre unitarios y extranjeros era completamente real; Rosas sabía que podía contar con un fuerte apoyo si buscaba abajo en la escala social. Lo que logró el Gobernador fue que el odio popular se encauzara no contra los franceses residentes en Buenos Aires (salvo pocas excepciones) sino en una crítica al rey Luis Felipe, a quien gritaban “muera” por las calles, y sobre todo a los aliados rioplatenses de los bloqueadores, a los que se acusó de venderse al “asqueroso oro francés”. Una agresión contra franceses residentes en la ciudad hubiera dado una excusa perfecta para una intervención directa de Francia en el terreno militar, posibilidad que el Gobernador obviamente quería evitar. Era, por otra parte, una perspectiva que tampoco seducía a los franceses, quienes esperaban imponer su posición con un costo mucho menor: apoyando a los enemigos de su enemigo. Los que deseaban que los federales se lanzaran sobre los franceses de Buenos Aires eran los opositores a Rosas, que también sabían que un hecho así podía marcar su caída (de hecho, el personaje de *Amalia* Daniel Bello intenta en la novela persuadir a los rosistas más exaltados de que cometan una acción por el estilo). Sin embargo, la reacción contra los extranjeros no pasó de amenazas verbales.

<sup>11</sup> QUIROGA MICHEO, Ernesto “Los mazorqueros ¿gente decente o asesinos?”, en *Todo es Historia*, núm. 308, 1993; ROMAY, Francisco *Historia de la Policía Federal Argentina*, Editorial Policial, Buenos Aires, 1980, Tomo III.

Cuando unos meses después de la instalación del bloqueo un francés pisoteó con su caballo a una morena en una calle de la ciudad, preguntando con soberbia al oficial que lo detuvo si eso era un delito, el comisario Andrés Parra le escribió a su superior: “Señor jefe, esta clase de extranjeros que no temen a la justicia, ni respetan las leyes del país, es preciso bajarles el cogote; para que aprendan a obedecer”.<sup>12</sup> Pero no lo hizo.

El Gobierno preparó cuidadosamente la fiesta del 25 de mayo de 1838 para que fuera una demostración pública de la fidelidad general a la causa y graficara la popularidad del régimen. La concurrencia fue muy numerosa y Rosas usó la ocasión para reforzar sus vínculos hacia abajo: invitó a las Sociedades Africanas a organizar un baile en la Plaza de la Victoria como número fuerte de la celebración. La plaza principal ocupada por los negros era un gesto político muy claro; podemos deducir cuán importante debió ser el evento para ellos. En cambio, para varios integrantes de la elite la medida fue revulsiva. Una señora escribió a su marido diciéndole que “...el día de veinticinco que ha sido respetado y debe ser mientras Buenos Aires existe, llegó al último grado de vileza y desgracia rebajando un día como ese a términos de poner tambores de negros ese día en la plaza”. Por su parte, el poeta unitario Juan Cruz Varela, exiliado en Montevideo, publicó unos versos sobre la cuestión, en los que expuso: “Sólo por escarnio de un pueblo de bravos / bandas africanas de viles esclavos / por calles y plazas discurriendo van. / Su bárbara grito, su danza salvaje, / en este día meditado ultraje / del nuevo caribe que el Sud abortó”.<sup>13</sup>

Simultáneamente, el Restaurador cuidó el orden en la campaña. En julio tuvo conocimiento —según los emigrados por la denuncia de “un mulato”— de que se preparaba un levantamiento entre las tropas que custodiaban la frontera sur. Se detuvo a su comandante, Zelarrayán, y se lo ejecutó apelando a que supuestamente había querido fugarse. Ese mismo mes, el Gobierno solicitó a la Legislatura que se expresara sobre la situación con los franceses y obtuvo una rotunda victoria; por si acaso, los miembros de la Sociedad Popular se hicieron presentes en la barra de la Sala para asegurar que los diputados no dudaran. La decisión de la Legislatura fue festejada en algunos barrios, que mostraron así su fidelidad federal. El juez de paz de La Piedad solicitó cien faroles para iluminar la iglesia homónima en un Tedeum que se organizó “...en acción de gracia al Ser Supremo por el beneficio que ha otorgado a la Republica en el pronunciamiento de la Honorable Sala de esta Provincia al aprobar la conducta de Nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, Encargado de las Relaciones Exteriores de la Nación, en la cuestión promovida por el Vice-Cónsul y Contra-Almirante Franceses”.<sup>14</sup> Nuevas muestras de adhesión federal se expresaron en octubre, cuando murió Encarnación Ezcurra (a partir de entonces llamada “la heroína de la Confederación”). Los funerales fueron masivos y durante varios meses todas las iglesias de la

<sup>12</sup> AGN, X-33-3-7, Partes de Policía, libro 111, 116.

<sup>13</sup> Ambas citas en ANDREWS, George *Los afroargentinos de Buenos Aires*, Editorial de la Flor, Buenos Aires, 1989, p. 120.

<sup>14</sup> AGN, X-33-3-7, Partes de Policía, libro 111, 25. La conspiración de Zelarrayán fue minuciosamente descripta en el periódico montevideano *El Grito Argentino*.

ciudad realizaron misas en su memoria. Buenos Aires se mostraba fiel, pero la crisis no hacía más que comenzar.

En la última parte de 1838 la situación se clarificó: Corrientes, el Estado Oriental y los agentes franceses acordaron una alianza para "...remover del mando de la Provincia de Buenos Aires y de toda influencia en los negocios políticos de la Confederación Argentina, la persona de don Juan Manuel de Rosas".<sup>15</sup> A ese trío se agregó el apoyo de los emigrados que se encontraban en Montevideo. Para activarlos fueron importantes los líderes de la Asociación de la Joven Argentina, que decidieron pasar de una tarea propagandística clandestina a una acción política más directa, en la cual iban a mostrarse enérgicos, en particular Juan Bautista Alberdi.

Al iniciarse 1839, entonces, el rosismo enfrentaba el mayor desafío que había tenido hasta entonces. El control se volvió más obsesivo y los sospechados de ser desafectos al sistema empezaron a mostrarse cada vez menos en público. El 11 de enero, el comisario Cuitiño informó que había remitido a la cárcel al paisano Zacarías Puyol por sospechoso. La razón era que lo habían visto varias noches seguidas "...parado en un poste al lado del portón del cuartel" donde tenía sede la partida de Cuitiño. Para qué estaba allí no lo sabía, pero el Comisario había decidido detenerlo de manera precautoria, dado que podía ser que quisiera apoderarse de las armas guardadas en el cuartel. La suposición obedecía a las "...sospechas que continuamente hay sobre los Enemigos de la Causa Santa de la Federación y siendo éste uno de los que conservan la patilla de U, la misma que en la misma noche de su captura, que fue el 10 del corriente, se afeitó en seco, por abajo de la barba".<sup>16</sup> Casos como éste se hicieron frecuentes. Un ex oficial del ejército, Manuel Cienfuegos, fue fusilado sin juicio previo por habérselo encontrado junto a la casa de Rosas una noche, por lo cual se lo acusó de querer matar al Gobernador. El caso tuvo alto impacto: Mariquita Sánchez, exiliada en Montevideo, anotó en su diario que "...el asesinato de Cienfuegos había hecho grande impresión".<sup>17</sup>

La guerra empezó bien para los rosistas, que vencieron a Corrientes y recibieron la buena noticia de que la derrota de la Confederación peruano-boliviana a manos de los chilenos ponía fin a la guerra que las provincias del norte venían librando contra ella. Las victorias hicieron que el Restaurador mostrara algunos gestos de distensión, como liberar al general José María Paz. Además, el 25 de mayo firmó un tratado con Gran Bretaña prohibiendo el tráfico de esclavos, accediendo a un pedido que los británicos venían realizando hacía tiempo y al que se había negado hasta entonces. Así buscaba reforzar su relación con la mayor potencia como contrapeso a los franceses y la medida le servía también para afianzar aún más su vínculo con los negros porteños. De hecho, nuevas demostracio-

<sup>15</sup> BUSANICHE, José Luis *Rosas visto...*, cit., p. 204.

<sup>16</sup> AGN, X-33-3-8, Policía-Órdenes Superiores.

<sup>17</sup> VILASECA, Clara *Cartas de Mariquita Sánchez. Biografía de una época*, Peuser, Buenos Aires, 1952, carta del 24 de julio de 1839. El caso fue detalladamente relatado por GUTIÉRREZ, Eduardo en *Viva la Santa Federación*, cit.

nes de apoyo público por parte de esa comunidad siguieron al anuncio. Pero, cuando la tensión en la ciudad parecía disminuir, el Gobierno fue avisado de que allí mismo se conspiraba en su contra.

Quienes estaban descontentos habían empezado a reunirse al menos desde marzo, pese a la vigilancia del régimen. Muchos eran jóvenes de la elite que habían sido influenciados por la prédica de la Asociación de la Joven Argentina. Un resultado fue la formación del “Club de los Cinco”, una pequeñísima sociedad secreta. Sus objetivos no eran muy definidos en cuanto a posiciones políticas: “...no se trataba por el momento de federación ni unidad, sino de concluir con Rosas”, diría años más tarde uno de ellos, Carlos Tejedor.<sup>18</sup> Primero proyectaron simplemente asesinarlo, pero luego el círculo del club se fue ampliando y empezó a planearse la realización de un levantamiento militar para apoderarse de la ciudad, que sería acompañado por un alzamiento en el sur de la provincia, donde estaban en comunicación con varios notables de la campaña, y por una invasión de Lavalle. Sabían muy bien, por sus contactos en Montevideo, que desde abril se preparaba allí una “Legión Argentina” para luchar a las órdenes de dicho jefe contra Rosas. Los conjurados porteños encontraron un líder en otro joven: el coronel Ramón Maza, hijo de Manuel, el dirigente rosista.

Los involucrados confiaban en obtener un apoyo masivo: “...el pueblo está sumamente aburrido de la miseria y la esclavitud”, escribió un implicado en mayo y “...las contribuciones, lo que empieza a exigirse, aumentarán el descontento”. Se refería a la Contribución Directa, impuesto cuyo cobro, que antes se hacía de acuerdo a lo que declaraba el que pagaba, empezó a ser calculado por el Estado. Además, decía, “...todo está a más del doble de antes”. Ramón Maza empezó a buscar el apoyo de los comandantes de los batallones del ejército regular para asegurar el éxito del levantamiento. La trama no fue guardada con precaución y según el general Paz, quien fue enterado de ella, “...el secreto de la conjuración estaba en miles de bocas”.<sup>19</sup> Uno de los que fueron convocados a unirse delató todos los planes a Rosas, quien inmediatamente hizo prender a Maza. Ese mismo día, 24 de junio, otros pocos conspiradores también fueron arrestados, entre ellos Tejedor. La escasa cantidad de detenidos y las leves penas que sufrieron parecen llamativas. Es probable que el Gobernador no haya dispuesto de todos los nombres de los implicados, pero además es posible que haya juzgado que no era conveniente descubrir una gran conspiración, lo cual evidenciaría la existencia de muchos descontentos. Prefirió entonces concentrar la atención en Maza, que fue acusado de haberlo querido asesinar. Otro personaje fue incriminado en el asunto: el padre de Ramón, Manuel Maza, quien seguía ocupando el cargo de presidente de la Sala de Representantes. ¿Sabía de la conspiración? Es posible,

---

<sup>18</sup> BARBA, Enrique “Las reacciones...”, cit., p. 590.

<sup>19</sup> El primer testimonio son cartas de Enrique Lafuente, en BARBA, Enrique “Las reacciones...”, cit., p. 591 (para el problema de la contribución directa véase GELMAN, Jorge “La rebelión de los estancieros contra Rosas. Algunas reflexiones en torno los Libres del Sur de 1839”, en *Entre pasados*, núm. 22, Buenos Aires, 2002). El otro testimonio en PAZ, José María *Memorias póstumas II*, Emecé, Buenos Aires, 2000, p. 205.

aunque no hay ningún dato cierto acerca de si participó o no en su organización (aparentemente no). Cuando ocurrió la instalación del bloqueo, Manuel Maza se había mostrado partidario de negociar, pero nada indicaba que se pasaría a la oposición abierta. Sin embargo, Rosas estaba convencido de que él era parte, puesto que tenía en su poder correspondencia que su antiguo camarada había mantenido con algunos emigrados.

La noticia de la conspiración corrió rápidamente por Buenos Aires y causó conmoción. El 26 de junio se reunió la Sociedad Popular Restauradora y un grupo se dirigió a la quinta del presidente de la Sala y la asaltó buscando a su propietario, quien no estaba allí. Al día siguiente, Maza se hizo presente en la Sala, mientras los jueces de paz urbanos encabezaban una movilización que presentó una petición para que se removiera al presidente de su cargo, por ser culpable de una revolución para entregar al país "...a la execrable tiranía de los asquerosos franceses, con cuyo oro ha sido corrompido el expresado infame traidor". Al caer la noche, dispersada la multitud, Maza se sentó en su despacho a firmar su renuncia. Súbitamente ingresaron tres personas empujadas: eran los mazorqueros Manuel Maestre, Manuel Gaetán y Félix Padín, que lo apuñalaron. Horas después, al llegar la mañana, su hijo Ramón fue fusilado por orden del Gobernador.

Para los enemigos de Rosas no había duda de que quien había ordenado el crimen había sido él. Surgió en seguida la leyenda de que el Restaurador había presenciado todo oculto detrás de un cortinado. Rosas, por su parte, acusó públicamente del asesinato a los unitarios. Pero en una carta a un allegado dio otra explicación. Al referirse a las consecuencias de la difusión de la noticia de la conspiración, dijo que:

"...naturalmente la irritación era tremenda entre los que aman nuestra Santa Causa. En fin, el resultado es que esa noche a las siete y media encontraron muerto al Dr. Maza en la Casa de representantes con dos tremendas puñaladas que le habían dado en el corazón. El Ramón que estaba en la cárcel con dos barras de grillos ya convicto y confeso, lo mandé fusilar al día siguiente porque así era de justicia, y porque no podía ser de otro modo".<sup>20</sup>

Aquí Rosas parecía ignorar lo ocurrido con el padre, al tiempo que aceptaba sin miramientos lo actuado con el hijo. Es muy probable que los asesinos tomaran la decisión por sí mismos o que lo hiciera la Sociedad Popular. Los rosistas temían y no únicamente su líder. Si bien el Gobernador ejercía un poder autocrático y supervisaba lo más posible las acciones de sus seguidores, eso no implica que los manejara como títeres. Por más que los federales netos, como se autoproclamaban, solían obedecerlo ciegamente, también tenían iniciativas propias y hacían sus interpretaciones de las órdenes que bajaba el gobierno. El rosismo no se reducía a Juan Manuel de Rosas.

El asesinato de Maza fue el primero que hizo la Mazorca desde el inicio de la crisis. Habían existido fusilamientos, pero eso era diferente. El Gobernador los definía usando

<sup>20</sup> Carta de Rosas a Vicente González, en CELESIA, Ernesto Rosas..., cit., T. II, p. 467.

las atribuciones dictatoriales de las que había sido investido. No había sido, sin embargo, facultado para mandar partidas a atacar una quinta o para entrar en la Legislatura a matar a su presidente a puñaladas.

Como reacción al episodio, los federales comenzaron un largo período de banquetes, brindis y bailes organizados en distintas partes de la ciudad y por gente de diferente condición social a fin de celebrar el fracaso de la conspiración. En varias iglesias se hicieron ceremonias para agradecer la salvación del Restaurador. El retrato de Rosas fue expuesto en el altar de la iglesia de la Merced y luego fue paseado por las calles en un carro del cual tiraban algunas damas de la elite. Las adhesiones a su persona se explicitaron más fervorosamente y las amenazas de violencia se volvieron cotidianas. Por ejemplo, en agosto *La Gaceta Mercantil* publicó una carta que Cuitiño y Parra dirigieron al Gobernador, en la cual afirmaban que:

“...el único sentimiento, Excelentísimo Señor, que les queda a los que firman, es que estos indignos traidores y reos criminales de lesa Patria y América, no hayan probado de nuestras manos el puñal que desnudo conservamos para sostener la ilustre persona de Vuestra Excelencia a costa de nuestra propia sangre, como del mismo modo el nombre santo de la Federación, que hemos jurado sostener con nuestras propias vidas”.

Aseguraban que estaban listos para “ver la sangre argentina de los desnaturalizados unitarios derramada por las calles de Buenos Aires, como vemos correr el agua del Río de la Plata”. No eran los únicos: unos días más tarde otros empleados de la policía enviaron a su vez una felicitación al Gobernador, en la que destacaban cómo los conspiradores, “...ni a un solo hombre del Ejército de línea y milicia, ni en la clase de tropa ni en la de Jefes y oficiales pudieron comprar” y concluían con una terrible aseveración: “...es tal la irritación de los federales que si Su Excelencia no estuviera de por medio habrían amanecido y aún amanecerían hoy mil de aquellos degollados”.<sup>21</sup> Hasta ese momento, ninguno de los considerados unitarios había sufrido un degüello en la ciudad, pero en el discurso ya asomaba esa sombría perspectiva. No sólo las autoridades ejercieron más control sino que las denuncias de particulares acerca del supuesto unitarismo de otros se hicieron cada vez más habituales.

En septiembre de 1839 parecía que la tensión descendía, pero a fines de octubre, en Dolores y Chascomús se alzaron en armas muchos de los antiguos soportes de Rosas. El levantamiento no llegó a durar dos semanas y con él se fue el último intento realizado en Buenos Aires de terminar con Rosas hasta 1852. Esa consecuencia estaría íntimamente ligada a los efectos que ambas conjuras tendrían en la política rosista. El hecho de que en el corazón de la campaña sur, la que había sido una importante base de poder para el

---

<sup>21</sup> La carta de Cuitiño y Parra en *La Gaceta Mercantil*, 7 de agosto de 1839, núm. 4831, p. 2; la felicitación de la Policía en AGN, X-3-3-8, Policía-Órdenes Superiores, 145.



Restaurador, hubiera surgido un descontento tal que había dado lugar a una rebelión, hizo que el régimen redoblara sus esfuerzos de vigilancia y acentuara la represión en la campaña y en la ciudad, sobre la que Rosas era aún más desconfiado.

La oposición había quedado muy debilitada, aunque el Gobierno sabía que mientras continuara el bloqueo francés y Lavalle estuviera en campaña, tendría un aliciente para conspirar. Y tenía razón: un personaje ligado a la fallida conjura de Maza, Andrés Somellera, contó en sus memorias que en noviembre de ese mismo año se encargaba con otros de hacer circular ejemplares del periódico *El Grito Argentino*, una publicación furiosamente antirrosista editada en Montevideo. Las actividades de Somellera fueron percibidas por la vigilancia rosista. Una tarde en que había acudido a un remate –solía encontrarse con sus cómplices en esos eventos públicos– fue atacado a plena luz del día por un grupo de mazorqueros en el que estaban Gaetán y Cuitiño. Los transeúntes se apartaron y las puertas se cerraron rápidamente alrededor: la población de Buenos Aires había aprendido a vivir con miedo. Somellera forcejeó y logró escaparse; en los meses siguientes vivió escondido. Sus compañeros tuvieron peor suerte: Félix Tiola fue capturado y fusilado por orden de Rosas, mientras que Manuel Bustillo fue atrapado una noche y trasladado por una partida al Hueco de los Sauces, donde lo flagelaron de manera tal que tardó meses en recuperarse.

Después de eso fue evidente que cualquier actividad política se había vuelto casi imposible en la ciudad. Por eso, 1839 fue un año clave porque con él terminó prácticamente la acción antirrosista en el ámbito urbano. Somellera estuvo oculto en su casa los últimos días del año; salió disfrazado en enero de 1840 y en seguida pudo “...notar en la ciudad un cambio sensible”: calles desiertas, puertas cerradas herméticamente desde las ocho de la noche, un silencio que nada interrumpía, “...a no ser los gritos de los serenos que desde las diez de la noche, cada media hora, anunciaban la hora que era, precedida de la frase obligada de ¡Viva la federación, mueran los salvajes unitarios!”.<sup>22</sup> Buena parte de la población, la elite en particular, tendió a encerrarse. Además, la actividad mercantil, eje de la economía porteña, estaba casi paralizada por el persistente bloqueo. “La fisonomía del pueblo de Buenos Aires había cambiado enteramente”, diría más tarde el cordobés general Paz recordando esos días, “...sus calles estaban casi desiertas; los semblantes no indicaban sino duelo y malestar [...] todo se resentía del acerbo pesar que devoraba a la mayor y mejor parte de aquel pueblo que yo había conocido tan risueño, tan activo, tan feliz en otra época”.<sup>23</sup> Por convencimiento o para no ser molestados, muchos mostraban explícitamente su adhesión al régimen. En primer lugar, existía un atuendo federal: Somellera se vistió como tal con una chaqueta, chaleco colorado “...y sombrero de unos que usaban los guasos, llamados de panza de burro”. Muchas puertas y ventanas fueron también incluidas en el furor por el rojo punzó.

<sup>22</sup> SOMELLERA, Andrés *La tiranía de Rosas. Recuerdos de una víctima de la Mazorca*, Nuevo Cabildo, Buenos Aires, 1962, pp. 19 y 43.

<sup>23</sup> PAZ, José María *Memorias...*, cit., p. 209.



Desde el año previo, si una mujer no concurría a la iglesia con la divisa punzó bien expuesta, los mazorqueros podían pegarle en su pelo, con alquitrán, un moño rojo. No sabemos si ésta era una práctica habitual o si ocurrió en alguna oportunidad y el impacto que ocasionó hizo que fuera presentada como algo corriente; de todos modos, marcaba un incremento de la violencia. Llevar la vestimenta típica de la elite se consolidó como sinónimo de identidad unitaria. El archivo policial de ese año está repleto de clasificaciones de gente que fue arrestada en función de su ropa o de su barba. Por citar un ejemplo: un tal Martín Quintana fue detenido por ser “...paquete de frac y no llevar la divisa”.<sup>24</sup>

De todos modos, es destacable que aún durante 1840 muchos porteños siguieran utilizando patillas, barbas con forma de U o no lucieran la divisa, como se desprende de los partes de la Policía. Quizás ese riesgo se debía a que la guerra no se había definido: Lavalle estaba al mando de un ejército en Entre Ríos, Fructuoso Rivera había vencido en el Estado Oriental una invasión rosista, Corrientes había vuelto a expresarse contra el Restaurador y las provincias del norte habían desconocido su manejo de las relaciones exteriores y habían formado una liga. Y el bloqueo francés, asfixiante, proseguía.

En abril de 1840, un grupo de desafectos había logrado fugarse en una embarcación y recalar en Montevideo. Entre ellos estaban Somellera y el prestigioso general Paz. La noticia enfureció a Rosas, quien ordenó que se evitaran a toda costa acciones de ese tipo. La noche del 4 de mayo, Isidro Oliden, Francisco Lynch, José María Riglos y Carlos Mason procuraron hacer el mismo viaje. Todos tenían antecedentes de oposición al régimen (Mason, por caso, fue uno de los que gritaba muera en 1837 contra la persona que vivaba al Restaurador de las Leyes). Los traicionó su guía: cuando iban a embarcarse en la costa a la altura de San Telmo, fueron atacados por una partida a caballo que dirigía Cuitiño. Intentaron resistirse pero fueron degollados. El episodio fue uno de los que más impresión causó en la época entre los porteños y los emigrados.<sup>25</sup>

En agosto de 1840 Lavalle inició su demorado ataque a Buenos Aires. En el norte de la provincia consiguió varias adhesiones, pero comenzaron a hacerse más escasas a medida que se aproximaba a la ciudad. Aunque allí se generó una gran expectativa, no se detectó ningún movimiento a favor del ejército invasor (o libertador, dependiendo de quien lo juzgara). ¿Por qué? Para muchos, por su fidelidad federal y su animadversión a los extranjeros, que estaban aliados con Lavalle. Éste trató de ocultar lo más posible el impopular apoyo francés, y sostuvo que no venía a representar a una forma de gobierno, para así evitar chocar con el preponderante federalismo; la lucha era contra la “tiranía” de Rosas. Sin embargo, esas precauciones no surtieron efecto. En el caso de aquellos que seguían siendo desafectos al régimen, su pasividad ante la invasión tuvo que ver con el temor a las represalias si la expedición fracasaba. *La Gaceta Mercantil* explicitó que no había neutralidad posible: “¡O nosotros o ellos!”.

<sup>24</sup> SOMELLERA, Andrés *La tiranía...*, cit., p. 56; el “paquete de frac” en AGN, X-33-4-2, Policía-Órdenes Superiores.

<sup>25</sup> Mármol lo eligió como el acontecimiento que abre el drama de *Amalia*.

Rosas delegó el mando en Felipe Arana y salió de la ciudad. Se instaló en Santos Lugares, donde preparó un ejército para esperar a Lavalle. El 29 de agosto éste se detuvo en Merlo, a menos de veinte kilómetros de las fuerzas de Rosas. Acampó allí y aguardó. En los días venideros se enteró de que nada ocurría en la ciudad y de que el general Oribe venía de Entre Ríos con refuerzos, debido a lo cual decidió eludir una batalla que presagiaba poco favorable y emprendió la retirada hacia Santa Fe. En la primera semana de septiembre la noticia se supo en la ciudad, que al principio reaccionó con cautela. Rosas, que permaneció en Santos Lugares, se movió con energía: el día 25 publicó un decreto por el cual se confiscaban las propiedades y los bienes de los unitarios. Simultáneamente llegó la noticia de que un enviado del Rey de Francia había llegado a Montevideo para negociar con el Gobernador porteño. Lo peor de la crisis parecía estar superado para el régimen.

En ese clima se desencadenó el terror contra los sospechados de unitarios. Según el ministro Mandeville, en carta a su gobierno del 15 de octubre de 1840:

“...los excesos cometidos en Buenos Aires por la gratificación de venganza pública y privada, han llegado a un punto tan alto rara vez registrado en los anales de la historia. Durante los últimos tres meses, hasta los últimos días no pasó una noche, salvo en dos o tres ocasiones, sin que dos o tres asesinatos no tuvieran lugar”.

Echaba la culpa de los actos a la Mazorca. La explicación es muy clara: la cantidad de muertes parece exagerada dado que los crímenes habían empezado un mes antes, pero es interesante que el impacto del hecho hiciera que el Ministro lo alargara. Los asesinatos documentados son menos de los que sugiere el británico: veinte (aunque seguramente hubo algunos más). Pero además fueron acompañados de otros casos de individuos que no murieron pero fueron torturados y heridos. “Con el pretexto de revisar las viviendas para buscar las personas ocultas o armas”, decía Mandeville, “...las mujeres son golpeadas y maltratadas; las viviendas, robadas; y los muebles y propiedad, destruidos”.<sup>26</sup> Eso ocurrió por ejemplo con la casa de la familia de Luis Manterola, un emigrado que estaba en el ejército de Lavalle: entraron y golpearon a los presentes, rompiendo todo. La residencia del comerciante Félix Castro fue atacada pero él logró ocultarse; los mazorqueros se llevaron un cofre con mucho dinero (el afectado logró exiliarse al poco tiempo). Un testigo, Vicente Quesada, que era un niño en esa época, contó como una noche de ese mes terrible se sintieron golpes en la puerta de su casa. Su familia, aterrorizada, pensó que era la Mazorca, pero se trataba de la desesperada esposa de Gregorio Terry que pedía refugio: su marido acababa de ser capturado por mazorqueros en su propia vivienda y su hermano Manuel había escapado por la azotea. Terry fue azotado y luego liberado. Por su parte, José María Salvadores, que había sido oficial de policía, supo que lo perseguía la Mazorca

<sup>26</sup> Cit. en MONTEZANTI, Néstor “Rosas y el terror”, en *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*, núm. 43, 1996, p. 33.

y se escondió en un sótano que estaba oculto en su casa. Asistido por su esposa, se mantuvo allí durante doce años; salió a los pocos días de la batalla de Caseros “...con la barba crecida y larga hasta el estómago”.<sup>27</sup>

Otros tuvieron menos suerte: Sixto Quesada, antiguo colaborador de Lavalle, fue capturado por un grupo de mazorqueros en la puerta de su casa y llevado a las inmediaciones del Cementerio del Norte, donde fue degollado; el comerciante portugués Juan Nóbrega, ligado a la conspiración de Maza, fue atrapado cuando se dirigía a su quinta y degollado; José Pedro Varangot, francés de origen, que había estado vinculado al líder unitario José Segundo de Agüero, fue degollado delante de su residencia. Al menos diecisiete personas más corrieron la misma suerte. Tras más de un mes de terror, Mandeville consideró que era demasiado y se quejó. Rosas le contestó que no era difícil contener el furor federal contra los enemigos, pero la matanza se suspendió esa misma noche.

Durante todo ese período, la Sociedad Popular Restauradora se reunía con regularidad, convocaba a misas por la Santa Causa y organizaba frecuentes guardias de honor para el Gobernador, en fechas como el comienzo de las sesiones de la Sala de Representantes. En marzo de 1841 hubo una nueva conmoción y, tal cual ocurrió luego del asesinato de Maza, se celebraron misas, algunos banquetes y se enviaron cartas de felicitación al Restaurador por haber salvado su vida. La causa fue el descubrimiento de una “máquina infernal” para matar al Gobernador. Su hija Manuela abrió un paquete destinado a Rosas en el cual había un aparato que disparaba pistolas en todas las direcciones, cuyo dispositivo falló. El ardid había sido planeado en Montevideo, donde se publicaba el inflamado periódico *Muera Rosas* y los emigrados mantenían las esperanzas en que la muerte del Restaurador pudiera terminar con su sistema. Pero por el momento parecía más probable que el Gobernador porteño terminara con ellos.

A fines de octubre de 1840, el ministro Arana había firmado la paz con el barón de Mackau, enviado francés. La partida de los franceses dejó desamparados a sus recientes aliados. Rosas pudo volcar su consolidado poderío contra Rivera, contra Lavalle, contra Corrientes y contra la Liga del Norte; en todos los casos tuvo éxito. Sin embargo, cuando su victoria parecía total, en el Litoral las cosas volvieron a hacerse difíciles. Mientras el Interior colapsaba, el general Paz, al servicio del gobierno correntino, derrotó a los rosistas en la batalla de Caaguazú, en noviembre de 1841. Pasó seguidamente a Entre Ríos y en marzo de 1842 se hizo nombrar gobernador de esa provincia. La llegada de esa noticia a Buenos Aires volvió a generar un estallido de terror. La Mazorca ganó las calles y cometió varios crímenes: otra vez, al menos veinte personas fueron asesinadas. Si los ataques de 1840 habían sido nocturnos, algunos de los de abril de 1842 se cometieron a plena luz: el abogado José Zorrilla fue degollado un mediodía en su casa, ubicada a metros de la Plaza de la Victoria, y un tal Duclós fue asesinado en el mismo horario. La crueldad fue incluso

---

<sup>27</sup> QUESADA, Vicente *Memorias de un viejo*, Ciudad Argentina, Buenos Aires, 1998; BERUTI, Juan Manuel *Memorias Curiosas*, Emecé, Buenos Aires, 2001, p. 490.

superior a la anterior: un comerciante español llamado Martínez Eguilar fue degollado a una cuadra de la iglesia de San Juan "...y medio vivo metieron el cuerpo en una barrica encendida de alquitrán"; José Dupuy, también comerciante, fue degollado en el cuartel de Cuitiño y su cuerpo fue luego colgado en un hueco de la parroquia de San Nicolás (aparentemente hubo gente que celebró allí la presencia del cadáver tirando cohetes); un santafesino apellidado Sañudo también fue degollado; misma suerte corrió Esteban Llanés, cuya cabeza fue colocada junto a la pirámide ubicada en la Plaza de la Victoria... El horror se ciñó sobre la ciudad: Tomás de Anchorena, preocupado, le escribió a su primo Rosas el 19 de abril para decirle que se pasaba el día contestando cartas y recibiendo visitas, "...que bañadas en lágrimas, y llenas de angustia, horror y espanto vienen a suplicarme les de algún consuelo o consejo para salvar sus vidas, porque han sido avisados por diversos conductos de que cierta e indudablemente intentan matarlos".<sup>28</sup>

Las razones de este renacer de la violencia las explicó en medio de la matanza la mujer de Arana, Pascuala Beláustegui, en una carta del 16 de abril dirigida a alguien que hacía tiempo no estaba en la ciudad. "Aquí hemos tenido algunos de los sucesos de octubre", decía, haciendo referencia a lo ocurrido en 1840. "Yo lo previne ya porque sabía que en el campamento", es decir la sede del ejército en Santos Lugares, "...había mucha exaltación contra los salvajes, pues decían que cuando habían pensado en retirarse a sus casas a descansar venían estos malvados a empezar de nuevo la guerra, que era preciso que no quedase uno para que ellos y el país disfrutasen de tranquilidad". La opinión corría "...desde el Jefe hasta el último tambor, me dicen que es lo mismo que circula en el ejército". Y sugería que las partidas eran numerosas: "...las reuniones federales que Usted ha visto aquí son tortas y papel pintado para las que hay ahora, el exterminio de los salvajes es lo único que se oye como único remedio a la terminación de la guerra pues ya han desesperado de que la moderación pueda jamás convencerlos".<sup>29</sup>

El 19 de abril se informó a los jefes de la Policía, el Ejército y la Milicia que el Gobernador:

"...ha mirado con el más profundo desagrado los escandalosos asesinatos que se han cometido en estos últimos días, los que aunque habían sido sobre salvajes unitarios nadie absolutamente estaba autorizado para semejante bárbara feroz licencia, siendo por todo aún más extraño a Su Excelencia que la Policía se hubiese mantenido en silencio sin llenar el más principal de sus deberes".<sup>30</sup>

Estas palabras invitan a diferenciar el terror de 1842 del de 1840. En ese año, las muertes fueron si no ordenadas por Rosas –en el sentido de que no podemos saber si seleccionó a

<sup>28</sup> La cita sobre Martínez Eguilar en BERUTI, Juan Manuel *Memorias...*, cit., p. 519; Anchorena en ROMAY, Francisco *Historia de la policía...*, cit., p. 242.

<sup>29</sup> BARBA, Enrique "Las reacciones...", cit., p. 690.

<sup>30</sup> Carta del edecán de Rosas, en BARBA, Enrique "Las reacciones...", cit., p. 691.

las víctimas y ordenó su muerte— toleradas por él. Cuando en 1853 se juzgó a Cuitiño, éste sólo aceptó haber recibido órdenes de Rosas para matar a los que habían querido emigrar en mayo de 1840 (es decir a Oliden, Riglos, Mason y Lynch). Nos sabemos si los otros agredidos fueron elegidos por él. Es probable que se lo consultara, dado que cuando se degolló a José Nóbrega, Rosas decidió fusilar a su matador, que había sido Gaetán, el asesino de Maza. ¿Por qué castigó a éste y no a los otros? Quizás Gaetán actuó sin autorización, sin seguir los lineamientos del Gobernador.

Sin embargo, también es posible que el Restaurador sólo hubiera dado libertad de acción a sus fanáticos seguidores y no que les hubiera marcado las víctimas. A esta posibilidad la apoya el hecho de que cuando el Gobernador decidió matar a alguien mandó que se lo fusilara. Lo cierto es que dependían de él, pues apenas lo ordenó las muertes cesaron por completo. Los asesinatos de 1840 fueron para Rosas una forma de descomprimir, a través de la acción de la Mazorca, la tensión que vivía la ciudad. Pero sobre todo fue una forma de aterrorizar a la elite porteña. No bastaba ya con usar la divisa punzó y mostrar una total neutralidad: la sospecha de alguna simpatía unitaria podía llevar la muerte a la propia casa de los implicados. Era una solución a la tradición de actividad política de la elite, una forma de terminar de disciplinarla. Y, sin duda, fue efectiva. En 1842, en cambio, la Mazorca parece haber actuado por su cuenta. El Gobernador estaba de nuevo en Santos Lugares. La Policía no se dedicó a detener las muertes pues seguramente no sabía bien qué indicaciones habían recibido la Sociedad Popular Restauradora y su brazo armado de parte de Rosas. Podemos inferir que la matanza no fue ordenada por el Restaurador, quien ahora no la necesitaba porque la ciudad ya se había aquietado y no estaba amenazada por ningún peligro inmediato, como sí sucedió en 1840. La masacre de abril de 1842 parece haber sido una venganza llevada a cabo por los federales extremos contra aquellos a quienes volvieron a indicar como unitarios, producida por el hastío de la guerra y en algunos casos, posiblemente, por el deseo de apoderarse de algunos bienes de las víctimas. Las muertes del terror no fueron tantas en comparación con las que provocaron los enfrentamientos bélicos y los fusilamientos. Hay poco más de ochenta casos de ataques mazorqueros en el período rosista. Es indudablemente un número muy significativo, pero lo que más horrorizó a la población afectada fue el método: asesinatos “a domicilio”, la sensación de total indefensión y de estar expuestos a gente capaz de todo. Los que habían sido víctimas de la violencia rosista aseguraban que los mazorqueros usaban un cuchillo afilado cuando querían matar a un enemigo, pero que usaban una sierra desafilada para degollar a los unitarios de primer rango social, para hacerlos sufrir más. Ello contribuyó a eternizar el recuerdo de ese horror, más aún en una ciudad que nunca había vivido ese tipo de violencia política. En la campaña hubo represiones y fusilamientos que el Gobierno llevó adelante abiertamente, pero en general no hubo actividades importantes de grupos no oficiales como la Mazorca.

La crisis del sistema rosista iba a concluir durante 1842 con el rotundo triunfo rosista en Arroyo Grande. Los años subsiguientes mostraron a una Buenos Aires en calma. Al finalizar 1844, Juan Manuel Beruti escribió en su diario que el año

“...ha concluido sin más novedad que la guerra que aún sigue con Montevideo; pero la ciudad muy tranquila, aunque muy pobres sus habitantes por la falta de gente del país que se halla emigrada y el comercio paralizado; pero gracias a Dios no ha habido insultos, embargos, confiscaciones ni degüellos ni se ha perseguido a nadie”.<sup>31</sup>

Es que ya no era necesario, la ciudad había sido disciplinada. En junio de 1846, la entonces innecesaria Mazorca dejó de existir. Podría aventurarse que la década de 1840 fue políticamente la menos agitada de esa urbe durante todo el siglo XIX.

### Concluyendo

Hubo al menos tres elementos, que no puedo analizar aquí por falta de espacio, que legitimaron y permitieron este accionar del rosismo: la sacralización de la causa federal (combatir a una causa santa demonizaba a quienes lo hacían y justificaba que se los eliminara); la identificación de Rosas como salvador y defensor de la patria ante la agresión extranjera; el “clasismo”. La adhesión federal le permitió a gente de inferior condición social acusar a miembros de la elite en igualdad de condiciones, como se puede rastrear claramente en el archivo policial. Esto era impensable en la década de 1820, en la cual el Estado intervenía mayormente a favor de los estratos más altos. No era que el rosismo buscara transformar la sociedad, sino que la entronización de la filiación política por sobre cualquier otra permitió que algunas tensiones sociales afloraran en el interior de la lucha contra los unitarios.<sup>32</sup>

Los opositores a Rosas señalaron el apoyo plebeyo y el igualitarismo como uno de los rasgos clave del régimen. Mármol escribió que los plebeyos: “...osaban creer, con toda la clase a que pertenecían, que la sociedad había roto los diques en que se estrella el mar de sus clases oscuras, y amalgamándose la sociedad entera en una sola familia”. Otro contemporáneo comentó que en medio del período del terror “...era preciso aparentar la más indiferente serenidad, porque se había perdido la confianza, los criados podían ser espías; una palabra indiscreta podía comprometer la vida o la fortuna: no se podía ni reconvenirlos ni mirarlos con severidad; la tiranía estaba en los de abajo”.<sup>33</sup> Indudablemente, éstas —y varias otras vertidas en el mismo tono— no son sólo reconstrucciones de memorialistas rencorosos. Había una identificación popular con el federalismo que contribuyó a que se viera la presión política ejercida sobre la elite como una suerte de revancha social.

También Rosas aseguró que los momentos de terror fueron protagonizados por la plebe. La diferencia era que él la consideraba espontánea, mientras que sus enemigos, al igual que la mayoría de los historiadores más tarde, se encargaron de enfatizar que fue el

<sup>31</sup> BERUTI, Juan Manuel *Memorias...*, cit., p. 454.

<sup>32</sup> Para estos puntos puede verse mi obra *¡Mueran los salvajes unitarios! La Mazorca y la política en tiempos de Rosas*, Sudamericana, Buenos Aires, 2007.

<sup>33</sup> MÁRMOL, José *Amalia*, cit., p. 105; QUESADA, Vicente *Memorias...*, cit., p. 102.

Restaurador el que dirigió la represión. De cualquier manera, esa apelación a que fue la furia popular la ejecutora de los ataques no debe ser considerada tan sólo como una afirmación de Rosas para justificarse ante sus opositores y los observadores extranjeros. También pudo ser usada para legitimarse ante la misma plebe y a la vez contribuir a su desmovilización real (fenómeno que ha advertido Tulio Halperin Donghi). Porque si la plebe rosista se consideraba en algún punto representada por las acciones de los mazorqueros, entonces Rosas también avanzaba en su principal objetivo: la construcción de un orden. Esto puede contribuir a explicar el porqué de una acción “parapolicial” contra los opositores que devino en el terror. Mientras que a la plebe porteña se la vigilaba y disciplinaba con las pocas herramientas estatales existentes, fundamentalmente la Policía, a la elite disidente se la perseguía –y así también disciplinaba– apelando a grupos que de alguna manera se arrogaban una representatividad popular. En 1840 la elite tuvo miedo a la acción popular, pero ésta estaba en realidad, más que en ninguno de los episodios políticos con participación plebeya en Buenos Aires, controlada por las autoridades. El terror fue sólo parcialmente popular; se reivindicó como tal y quizás representó el deseo de muchos, pero de hecho quedó en pocas manos y se convirtió en una política de gobierno. A través de las actividades de la Sociedad Popular Restauradora y, sobre todo, de la Mazorca, el régimen rosista desmovilizó cualquier posibilidad de acción colectiva de sus mismos partidarios plebeyos y fue moldeando una sociedad con una agitación política muy inferior a la que había dado lugar al ascenso del Restaurador. Y el terror fue urbano, fundamentalmente, porque en la ciudad se concentraba la elite en la Buenos Aires de la época.